

BIBLIOTECA NUEVA

# Del misil balístico a la Luna

**Wernher von Braun fue el diseñador del cohete Saturno V con el que el hombre llegó a la Luna.** Pero, tras su brillante ejecutoria al frente de la carrera espacial norteamericana, escondía un turbio pasado en la Alemania nazi, donde tuvo un papel esencial en el desarrollo de los misiles V-2. Una sinuosa carrera que comenzó con el sueño de explorar el espacio de un niño prodigio



**Título:** Wernher von Braun. Entre el águila y la esvástica  
**Autor:** Javier Casado  
**Editorial:** Melusina  
**Páginas:** 432  
**Precio:** 22,90 Euros  
**Fecha de publicación:** 2 de Febrero, 2009

La noche empieza a caer sobre Londres, mientras sus habitantes desarrollan su rutina habitual. Desde hace algunos meses, esa rutina es mucho más apacible que a lo largo de los últimos cuatro años: desde que las tropas aliadas desembarcaran en Normandía, cuatro meses atrás, los londinenses han visto desaparecer de sus vidas las alarmas de bombardeo, las carreras a los refugios, el rugir de las bombas al caer sobre sus casas...

Alemania se bate en retirada, y la antes temida Luftwaffe no es ya sino un fantasma de lo que fue tiempo atrás. Incluso las bombas volantes V-1 han dejado de caer sobre la ciudad, después de que los ejércitos aliados capturaran sus bases de lanzamiento en la costa francesa. Aunque muchos de los londinenses tienen familiares bañándose en el continente, manteniendo la guerra directamente unida a sus vidas, al menos parece que una sensación de paz se va asentando lentamente en su entorno.

Pero a las 18:43 de aquella tarde, estalla el infierno: de repente, una violenta explosión sacude la localidad de Chiswick, a diez kilómetros del centro de Londres, abriendo un gran cráter en el suelo y derribando varios edificios. ¿Sabotaje? ¿Una bomba colocada por espías alemanes? ¿Una explosión de gas? Segundos más tarde, se oye un doble estallido: es el estampido sónico, que llega con retraso, el ruido provocado por el arma destructora al romper la barrera del sonido. El primer misil balístico de la historia ha hecho su debut. Se trata de la V-2.

Durante muchos años, su creador, el alemán Wernher von Braun, le debería a este arma su prestigio y fama mundial.

Wernher Magnus Maximilian von Braun nació el 23 de marzo de 1912 en Wirsitz, Prusia, hoy al otro lado de la frontera polaca. Su padre era el barón Magnus Alexander Maximilian von Braun, y su madre, la baronesa Emma von Braun (de soltera, von Quistorp). Wernher era el mediano de tres hermanos, Sigismund, un año mayor, y Magnus, siete más pequeño.

El entorno en el que creció nuestro protagonista en sus primeros

años fue el de la pequeña aristocracia alemana. Casas señoriales atendidas por una extensa servidumbre, tierras trabajadas por campesinos al servicio del barón, y un entorno refinado, cultural y de buenas maneras.

(...)

Pero hasta entonces, el joven von Braun parecía inclinado hacia un futuro en el mundo de la música. Fue con motivo de su confirmación religiosa, a los quince años, cuando sucedió algo que reorientaría su vida. Como regalo para la ocasión, no recibió el habitual reloj y los primeros pantalones largos que les esperaban a sus compañeros luteranos; por el contrario, su madre, que como dijimos tenía la astronomía entre sus aficiones, le regaló un telescopio.

Así, nuestro protagonista comenzó a introducirse en el apasionante mundo de la observación estelar y planetaria. Combinado con los aires que corrían en la época, cuando los primeros relatos de ciencia ficción que trataban de viajes interplanetarios comenzaban a aparecer, el telescopio sería la chispa que haría nacer en Wernher su pasión por el espacio. A los quince años y tras leer alguno de esos relatos, al joven se le empezó a quedar corto contemplar con su aparato la Luna y las estrellas. ¡Había que ir hasta allí, eso era lo verdaderamente emocionante! La idea del viaje espacial prendió ya en él en esa etapa tan temprana de su vida.

Ese mismo año, iniciándose en los secretos de la astronomía, cayó en sus manos un panfleto en el que se veía un cohete rumbo hacia la Luna. Era un artículo escrito por el profesor Hermann Oberth, un joven físico de treinta años de origen transilvano que impartía clases en

**Con motivo de su confirmación religiosa, a los quince años, sucedió algo que reorientaría su vida: su madre, que tenía la astronomía entre sus aficiones, le regaló un telescopio**

**Se sumergió en el estudio de las matemáticas y la física, y a los 16 años fue elegido para sustituir a un profesor enfermo. Al final, su clase tuvo las notas más altas del colegio**



**Javier Casado**

Ingeniero Aeronáutico. Autor de «Historia y tecnología de la exploración espacial»

Rumanía. Atrapado por las ideas expuestas en aquel artículo, Wernher se apresuraría a comprar su libro, el hoy clásico «Die Rakete zu den Planetenräumen» («El cohete hacia el espacio interplanetario»), tan sólo para quedar rápidamente desconsolado al ver su contenido: el libro estaba lleno de ecuaciones matemáticas, que el joven aficionado se veía incapaz de comprender.

Otro quizás hubiese olvidado el libro y se hubiera dedicado a leer ciencia ficción y a mirar por su telescopio, pero no Wernher von Braun. Si para introducirse en el mundo de los cohetes y del viaje espacial tenía que convertirse en un experto en matemáticas, lo haría, a pesar de ser una asignatura que nunca le había gustado.

En el colegio, se sumergió de forma casi compulsiva en el estudio de las matemáticas y la física, y a los dieciséis años incluso fue elegido por la dirección del colegio para sustituir a un profesor de matemáticas enfermo. Esta petición supuso para él un reto pero, actuando en su línea, ello no hizo sino impulsar su pasión: decidido a que sus alumnos no fallaran en su asignatura, voluntariamente comenzó a dar clases particulares a los menos aventajados. Al final del curso, su clase consiguió las notas más altas de todo el colegio.

Wernher ya apuntaba maneras en cuanto a liderazgo y capacidad de persuasión. Sus prácticas como profesor suplente de matemáticas quizás fueron la primera prueba de su aptitud para dirigir equipos, pero en lo segundo también haría sus pinitos cuando logró convencer al director para que comprase un telescopio de 125 milímetros para el colegio, al sentir que el suyo se le quedaba corto.

(...)

Desde que Hitler asignara al proyecto la máxima prioridad, no habían cesado los trabajos de los técnicos por poner a punto un ingenio que, aunque era capaz de elevarse hasta el cielo, aún no podía considerarse operativo para un conflicto bélico. Mientras se preparaban las líneas de producción y las fábricas subterráneas de Mittelwerk, von Braun y sus hombres seguían trabajando para que el arma pudiese realmente utilizarse con



El general Fellgiebel (i) felicita al general Janssen, jefe de la base de misiles de Peenemünde. Detrás, vestido de civil, Wernher von Braun

efectividad en el campo de batalla. No era fácil: a los continuos problemas técnicos y ajustes necesarios para un sistema absolutamente pionero en su campo, había que sumar los problemas de suministro. Las materias primas escaseaban, y los hombres de Peenemünde se veían obligados a menudo a cambiar los diseños con el único objetivo de usar un material alternativo porque el inicialmente propuesto no estaba disponible en las cantidades o plazos precisos. Esto afectaba seriamente a la fabricación, cuyos responsables se quejaban de que no habían conseguido poner a punto los utillajes y procesos para un determinado diseño, cuando les eran cambiados los planos y tenían que volver a partir de cero. Todo ello ocasionaría serios retrasos que afectarían a la entrada en producción del nuevo misil.

Cuando el Führer aprobó el proyecto en julio de 1943, ya planeó que la nueva arma se utilizaría para atacar Londres. Deberían construirse treinta mil de estos misiles, a un ritmo de unos mil al mes, y el primer ataque debería tener lugar en octubre. Dornberger y von

Braun habían escuchado al líder nazi en silencio: ambos sabían que aquello era imposible.

En realidad, la entrada en servicio del arma se demoraría hasta un año más tarde de lo que Hitler había solicitado. Para cuando el primer A-4 era disparado hacia París el día 8 de septiembre de 1944, las tropas aliadas ya se batían en el continente contra los nazis, tras completar su desembarco en Normandía tres meses atrás. Demasiado tarde para dar la vuelta a una guerra que ya aparecía irremisiblemente perdida para Alemania.

El primer lanzamiento de un A-4 durante la guerra, sin embargo, había tenido lugar dos días atrás: el 6 de septiembre, una batería móvil ubicada cerca de la frontera oeste alemana había intentado lanzar dos cohetes contra París, que no consiguieron más que destruir las plataformas desde las que tenían lugar los lanzamientos.

Dos días después, el intento se repetía con éxito con el misil lanzado contra la capital francesa. Ese mismo día, otra unidad lanzaba dos cohetes más desde una ubicación cercana a La Haya, en Holan-



Identificación de Von Braun como empleado del Ejército alemán

da, en esta ocasión dirigidos contra Londres. El día siguiente a los primeros lanzamientos con éxito, los periódicos alemanes abrían con los titulares «El "arma de la venganza" en acción contra Londres». La Vergeltungswaffe-2 era la nueva arma de la venganza que sucedía a la V-1. La propaganda de Goebbels convertiría así para la posteridad el cohete A-4 en la tristemente famosa V-2.

¿Qué sintió von Braun cuando el cohete cuyo desarrollo había liderado, nacido de sus sueños sobre los viajes espaciales, terminaba siendo utilizado como arma para bombardear civiles? Es difícil saberlo, y sus propias declaraciones al respecto son en ocasiones contradictorias. Probablemente también sus propios sentimientos eran contradictorios. Lo que escribiría en sus memorias sería durante años la versión más extendida, llegando casi a convertirse en leyenda; según esa versión, los comentarios que todos hacían a los técnicos eran: «Podéis estar orgullosos de vuestra V-2. Es el único arma que los aliados no pueden parar. Es un éxito. Está golpeando Londres cada día». «Sí -pensaría von Braun, de acuerdo a sus palabras-, es un éxito; pero estamos golpeando el planeta equivocado.»

Palabras prácticamente idénticas escribiría su colega Stühlinger: «Queríamos que nuestros cohetes volasen hasta la Luna y Marte, no que cayesen sobre nuestro propio planeta». Sin embargo, el mismo von Braun confesaría en un par de ocasiones que no siempre sus sentimientos al respecto fueron tan inocentes. En una extensa carta privada a uno de sus críticos, escrita en 1971, expresaba: «Me han preguntado muchas veces cómo pude producir armas de guerra ... sólo puedo decir esto: cuando tu país está en guerra, cuando tus amigos mueren, cuando tu familia está en constante peligro, cuando las bombas caen a tu alrededor y pierdes tu propia casa, el concepto de guerra justa se convierte en algo muy vago y remoto, y luchas por infligir al enemigo tanto o más [SUFRIMIENTO] como el que tú y tus familiares y amigos habéis sufrido». Algo similar quedaría reflejado en comentarios al periódico británico Manchester Guardian, publicados en 1977 con ocasión de su muerte. Según parece, von Braun había confesado no sentir demasiados remordimientos cuando comenzaron los ataques contra la capital británica: «Sentí satisfacción. Yo había visitado Londres un par de veces, y me encantaba el sitio. Pero amaba Berlín, y los británicos lo estaban bombardeando hasta los cimientos».

Similares sentimientos confesaría un antiguo miembro del equipo de Peenemünde en una entrevista años después de la guerra: «No se engañen: aunque von Braun puede que tuviera polvo espacial en sus ojos desde su niñez, la mayoría de nosotros estábamos bastante resentidos por el duro bombardeo aliado sobre Alemania, por la pérdida de civiles alemanes, madres, padres, parientes...

Cuando la primera V-2 cayó sobre Londres, brindamos con champagne. ¿Por qué no? Seamos honestos: estábamos en guerra, y aunque no éramos nazis, teníamos una patria por la que luchar. ■